

IRIS





Sabido es que cuando viene un mal nunca va solo, al revés de los bienes, que siempre se pueden contar con los cinco dedos de la mano, menos cuatro, ó cuatro y medio.

Es lo que decía el célebre Alfonso Karr, declarado hoy necio de solemnidad, cursi, rancio y soso por los Karretes de la nueva generación: «—En el mundo todo se hace por series.»

Le da la gana de caerse á la torre de la catedral de Cuenca, y al momento se forma la serie: cáese el campanile de San Marcos de Venecia, cáese la cúpula de la iglesia de Montserrat, de Madrid; amenaza con venirse abajo la colegiata de Alcalá de Henares, y hacen lo mismo la torre de San Esteban de Genova y el campanile de San Siro de Génova.

Ocurre una catástrofe como la de Torremontalvo, y al momento se registran choques y descarrilamientos en Bruselas, los Estados Unidos y ahora últimamente esa catástrofe del Metropolitano de París.

Pero donde la serie resulta verdaderamente asombrosa es en materia de incendios. Se incendia el teatro de Eldorado, de Madrid, y consecutivamente vienen el incendio del casino de Trouville, el de los bosques de Jumilla, el del teatro de Jaen, etc., etc.

Y no hablemos de los crímenes pasionales; en cuanto tocan á que los rufianes desalmados maten á sus explotadas víctimas es un horror el número de atándes que entran en el cementerio llenos de ensangrentados despojos.

¿No se diría que hay una especie de ley fatal que determina esas series de desgracias?

Ya sabemos que no tiene nada de extraño que mientras el Vesubio entra en terrible erupción se registren terremotos en Grecia, en Portugal, en España y ese de Mendoza (República Argentina) que parece ha sido terrible por el número de desgracias personales que han ocurrido; todo ello se explica por obedecer á una causa física universal; pero ¿cómo explicar por causas físicas la coincidencia de muchos derrumbamientos de torres, de desgracias ferroviarias, de incendios y de homicidios? Y, sin embargo, quizás la haya, pero lo que es por ahora, no sabemos nada acerca de ella.

El gobierno francés ha concedido el gran cordon de la Legion de Honor, —distinción archi-elevadísima,— al ex gobernador de Madrid Sr. Sánchez Guerra, por el servicio que prestó cogiendo á la familia Humbert. El gobierno francés puede hacer lo que le de la gana, pero cualquiera comprenderá que esa distinción es inmerecida; en todo caso hubiera debido concederse al delator E. C. que fué quien desenbrió á aquellos monsiures y madamas; sin el soplo de C. todavía probablemente seguirían tan campantes en su casita de la calle de Ferraz.

Corren rumores de que se negará el indulto solicitado para Cecilia Aznar. Allá el gobierno, pero ó se tira de la cuerda para todos ó para ninguno. Porque hay también *Cecilios*, y sería una triste gracia que escapasen del garrote los unos y fueran los otros. Por supuesto que lo mejor sería que no fuera nadie, y se reemplazara la pena de muerte por reclusión perpetua. Pero no es este el lugar más adecuado para engolfarnos en tan intrincados asuntos.

Despidióse del público de Barcelona la compañía Guerrero-Mendoza siendo objeto de una calurosa ovación al terminar la representación de *Mancha que limpia*, drama escogido para dicha noche, y uno de los mejores, sin duda, del poderoso genio de Echegaray. A pesar de la peligrosa concurrencia de Zaconi y de la compañía de Teresa Mariani la campaña de los eminentes actores españoles ha sido brillante y fructuosa, de lo cual no podemos menos de alegrarnos, aunque no sea más que por razones económicas, pues el dinero ganado no sale de España, razón, sin duda, muy pedestre, pero que hay que tener en cuenta en esta tierra de proteccionistas.

ARGOS

LAS ARPIAS MISTICAS

Cuando habían cesado las plegarias y terminado los oficios religiosos; cuando quedaba solo en el templo la atmósfera cargada de incienso y de polvo flotando á la luz amarillenta de las velas; cuando las puertas de la iglesia se abrían, como en amplio bostezo, y los últimos fieles se agolpaban junto á ellas dirigiendo sus manos sobre la pila del agua bendita, se destacaban en los ángulos oscuros, y en algunos rincones de las capillas, varios bultos negros, encorvados hacia la tierra ó recostados contra los muros, junto á los cuales quedaban inmóviles como si formaran parte del vetusto mobiliario del templo.

Al poco rato, salió el sacristán con un gran manojo de llaves en la mano y, haciéndolas sonar constantemente, se fué encaminando hacia cada uno de aquellos bultos negros, diciendo, así que llegaba, con la voz desabrida:

—Que se va á cerrar... Que se va á cerrar...

Los bultos negros se fueron levantando con lentitud uno tras otro y arrastrando sus pies sobre las losas, que rechinaban ásperamente, unos llevando sillas de tijera y otros apoyándose en cayados y báculos, se agruparon á las puertas del templo y al fin salieron á la calle, casi á empujones del sacristán, mientras chiorean los duros cerrojos de la puerta ojival de la basílica.

—¡Qué prisa tiene por echarnos á la calle! —exclamó una de las ancianas con voz atiplada y chillona.

—No es extraño, —prorrumpió otra, mostrando el antro de su boca desdentada, en cuyo fondo se movía la lengua como una culebra venenosa.— No es extraño que tenga prisa por ir á ver lo que hace Ramona, su mujer, porque mientras él se ocupa de las ánimas ella se entretiene con los cuerpos.

En cuanto pronunció estas palabras la beata, todas sus compañeras formaron estrecho círculo á su alrededor y apretaron sus trapejosas mantillas unas contra otras, gulusneando el chisme, en tanto que la protagonista continuaba diciendo:

—Sí; parece ser el cuerpo de caballería el que más agrada á la mosquita muerta; su marido lo descubrió porque encontró en un cuarto una prenda del uniforme. Tuvieron una gran trifulca... El sacristán quiso separarse; pero el padre Rosendo consiguió avenirlos de nuevo para evitar el escándalo en honor de la iglesia y de la religión.

—El padre Rosendo tiene un pieco de oro, —exclamó otra beata, —y no es extraño que los convenciera.

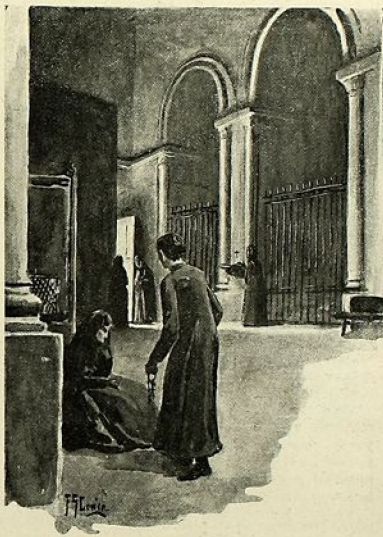
—Sí, —replicó la primera, —pero ya saben ustedes que tiene también la cola de paja y que carece de autoridad para dar sanos consejos.

—Pues... ¿qué?... —preguntaron algunas.

—¿No se han fijado ustedes en una gran señorona con sombrero de plumas y traje negro de seda, que aparece en todas las iglesias cuando predica el padre Rosendo y suele colocarse junto á la pila del agua bendita desde donde no le aparta los ojos hasta que baja del púlpito?

—Ya lo creo que me he fijado, —exclamó otra, alta y flaca como un huso. —Como que le dedica el sermón. Yo lo descubrí porque observé que dirigía las miradas frecuentemente hacia el mismo sitio...

—Pues bien, —prosiguió diciendo la primera, —esa señora, ingresó como novicia en un convento de Burgos, del cual era capellán nuestro padre Rosendo, y se dice que allí debió ocurrir algo gordo porque la novicia salió del convento y el cura también, y después de haberle recogido las licencias durante un año consiguió por la influencia de otras faldas que se las volvieran á dar, porque la mancha de la



mora con otra verde se quita... y ahora le tienen ustedes, aquí, en Madrid, tan en candelero, que ya le han ofrecido una canongía.

—Todo eso ya lo sabía yo,—replicó otra,—por una prima mía que es sobrina del ama que tuvo en Burgos el padre Rosendo.

—¡No hay cura que no tenga su historia!—exclamó intencionadamente la alta y delgada.

—Es verdad,—repuso otra rechoncha y bajita que nada había dicho hasta entonces;—pero hay un curita en esta misma parroquia, que parece un bendito y del cual nadie tiene cosa alguna que decir, él, ni juega, ni fuma, ni bebe, ni presta, ni...

—Ya sé quien es,—exclamó la desdentada;—ese jovencito que acaba de venir de un pueblo... del Norte; el padre Feliciano; rubio, joven, pálido, que anda mirándose siempre la punta de los pies como si temiera levantar la vista...

Al escuchar el nombre del padre Feliciano el haz de bestas se apretó con el ansia del interés. Todas deseaban descubrir aquel arcano y miraban con afán á la decana de las murmuraciones, á la sapientísima trapería de vidas clericales para saciar las uñas y los dientes en la honra virgen de aquella reputación incógnita.

Una de aquellas mujeres, que oía con grave frialdad á las demás, al entender que se trataba del padre Feliciano se puso lívida; miró con espantados ojos alrededor, suspiró con angustia, y apretó convulsa el rosario, el abanico y el pañuelo que ostentaba siempre, con cierta gravedad en la siniestra mano. Aquella mujer no parecía de Madrid; vestía mantilla de seda con franja de terciopelo, pañuelo de crepón estampado y falda oscura sembrada de florecillas de color de rosa.

Ninguna se fijó en su angustia, oculta bajo su insignificancia de beata paleta.

—Con efecto,—replicó la desdentada,—ni tiene ama, ni se sabe del padre Feliciano cosa ninguna; pero á mí me choca que haya dado este salto desde una aldea á Madrid donde empieza á predicar y á ser conocido... Yo creo que aquí hay algo... En fin, ahora no sé... pero, mañana hablaremos... en el atrio de San Sebastián media hora antes de que empiece la novena.

—No faltaremos,—exclamaron todas;—y desbandado el racimo de cucarachas místicas, unas se fue-

ron renqueando á la pastelería, otras á tomar chocolate y las más á conllevar con un mendrugo la triste aridez de su vagancia devota.

Al día siguiente la primera que apareció en el atrio de San Sebastián fue la devota paleta. Iba grave y cejijunta, en sus ojos azules se distinguía la firmeza de una resolución bien mediada; sus labios finísimos se contraían con honda expresión de amargura.

Lentamente se reunió el cónclave de la murmuración seráfica. Todas se saludaban con sonrisas hipócrita y fría, como la hoja de su lengua, y cuando apareció la desdentada, la rodearon con ansiedad mientras ella comenzó á hablar de esta manera:

—Ya lo sé todo... Mis sospechas se han confirmado... Hay historia é historia negra... Han de saber ustedes que el padre Feliciano es hijo de unos pobres paletos de Villayerta, y estaba á servicio de una señora vieja, muy devota, que hay en aquella localidad, la cual señora prendada de la bondad del muchacho ofreció costearle la carrera de sacerdote. El chico hizo sus primeros estudios con aprovechamiento, pero, á los diez y nueve años se enamoró como un loco de una prima hermana suya que vivía en la misma casa. Entonces se entabló una lucha horrible entre el padre Feliciano y su madre; ella empujada en que estudiara y él en no acabar los estudios. Entonces los novios se condujeron de modo que no hubo más remedio que pensar en casarlos por decoro de la familia; pero la muchacha se vió acometida de extraña enfermedad que la condujo al sepulcro en pocos días... Todo parece que fué obra de la señora vieja, que hoy le proteje, puesta en combinación con la madre del mismo padre Feliciano.

Al escuchar estas palabras la anciana paleta se arrojó sobre la desdentada exclamando:

—¡Calumnia! ¡Calumnia! Yo soy incapaz de semejante infamia... Mi hijo Feliciano es un hombre de



bien y yo una mujer honrada!... Ustedes son la hez de la murmuración y no vienen á la iglesia porque sean religiosas sino á buscar alguna distracción que de empleo á la total inutilidad de su vida!...

Ante aquella rociada, las beatas fueron entrando presurosas en el templo á ponerse bajo el resguardo de las columnas y de los altares, agazapadas como empollando plegarias, y á los pocos instantes no quedó de todo aquello más que el vago y difuso murmullo de las oraciones mecánicas.

RAFAEL TORROMÉ

BELLAS ARTES

El mercado del Zucco (nombre que evoca en seguida el de nuestro *Zoco*, que es á su vez el *Socco* de los árabes) cuenta entre los más famosos de Venecia, y habrá sin duda, en el mundo, muy pocos que tengan tanta originalidad, en cuanto los *puestos* nos son fijos, sino que se hallan... á bordo de las barcas que allí atracan cada mañana, verificándose las compras *desde tierra*.

Y no, es sin duda, la menor atracción de Venecia el estudio de su pueblo, tan interesante, para al-



VENDEDOR DE LA RIBERA DE ZUCCA, cuadro de Luis Passin

gunos, como sus afamados monumentos y sus artes. El pueblo de Venecia, lo mismo que su ciudad, no se parece á otro alguno; todo respira allí una *superioridad estética* que deja asombrados á hombres que han corrido mucho mundo, y aun á sabios tan profundos como H. Taine, cuyo ideal, según expresa hubiera sido pasarse la vida en Venecia, sentadito en un banco del muelle de los Esclavones. Por su parte, un inglés, —un verdadero *globe-trotter*,—se iba cada tarde á ver como salían de los talleres las operarias de la fábrica de cristales de Murano, y el hombre sentía una emoción tan honda, ante aquel desfile de plebeyas beldades, que se echaba á llorar. Y en todo sucede igual. Será cosa de magia, pero allí hay *algo* que no se explica. Los más zafios vendedores callejeros tienen un modo de pregonar su mercancía que embelesa oídos. Se trata indudablemente de una raza de refinadísima cultura, conservada por su aislamiento, como se han conservado en algunas islas de Oceanía ciertas rarísimas especies prehistóricas. Con todo, Venecia se va echando á perder, y la civilización moderna la va afeando cada día más con sus horribles *progresos*, que hacían crispar los nervios de Ruskin.

En suma, cualquier mercado inspira repugnancia, por adornado que esté, despertando ideas de gastronomía y de indigestión, pero el del *Zucco* viene á ser como algo ideal, y hasta las calabazas, melones y sandías tienen algo de ticianesco que no se sabe explicar.

EL MEJOR VERANEO

Con el calor reinante no hay quien asista á las oficinas del Estado. Solo á una dependencia de la

Dirección de Contribuciones concurren como siempre, y á pesar, de todas las variaciones atmosféricas, D. Patricio Cordelete y D. Bonifacio Cordelillo. El primero es un señor alto y seco; el segundo, bajo y grueso.

—Este calor es insoportable, don Patricio, pero no tanto como la conducta de nuestros compañeros; el que más y el que menos hacen un par de meses que no viene por la oficina.



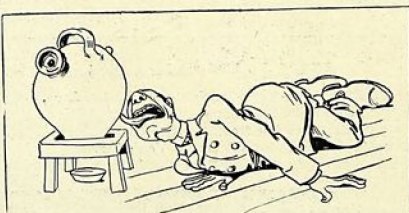
—Tiene usted razón, D. Bonifacio, son unos frescos, pero desengañe usted que no los dejarán cesantes.

—Bien seguro estoy de eso.

—Aquí nadie cumple con su obligación más que nosotros.

—Y el ordenanza. —Es verdad ¡pobre Paco!

—Mírele usted en la puerta, igual que ex ministro sin cesantía, tirado en el suelo y pasando la lengua por el



botijo como si fuese un caramelo de los Alpes. —Así es el mundo, cada cual chupa de donde puede.

—¡Vaya! Se acabó el trabajo por hoy.

—A comer.

—A comer.

Ambos empleados tomaron de la percha los sombreros y se dirigieron á la calle.

Nose acordaba ya D. Bonifacio del misero ordenanza y al intencianza y al intencianza

tar salir le plantó un pie en la barriga. Oyóse un grito desgarrador y de la boca del infeliz Paco brotó como de fuente mágica un caño tremendo de agua, pero no se movió, porque D. Bonifacio, queriendo levantar aquel pie, afianzó el otro sobre el pescuezo del infortunado ordenanza y el caño cesó como por encanto.

Los dos amigos siguieron su camino sin conceder importancia al incidente, que es muy cierto lo que suele decirse de

que nadie cuida de levantar al que está caído. Llegaron frente al domicilio de D. Patricio, quién,

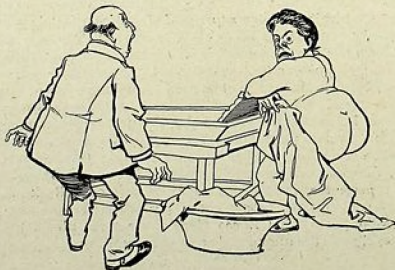
por conmemorar la fecha de su cumpleaños habíase mostrado galante con D. Bonifacio invitándole á comer.

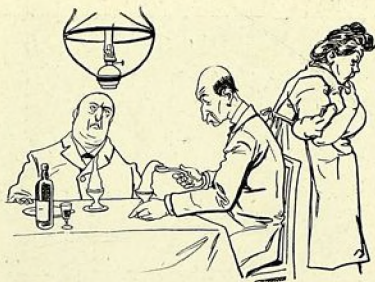
D. Patricio metió el llavín en la puerta de su casa y franqueó la entrada.

—Pase usted, que no hay perro,—dijo.

D. Bonifacio entró.

—[Hasta la cocina!]
[Hasta la cocina!]





añadió D. Patricio viendo que se paraba en el pasillo.

Su compañero de oficina obedeció aventurándose en la casa como si estuviese en el domicilio propio: Por una de esas casualidades fué á dar donde se le había dicho; en la cocina.

El espectáculo que se ofreció á su vista no podía ser más inesperado.

D.^a Pascuala, la patrona de D. Patricio, hallábase en el artesón, al descuido, sin más ropa que D.^a Eva en el Paraíso antes del atracon de manzanas.

D. Bonifacio la miró atónito. Ella lanzó un ¡ay! de vergüenza y se cubrió rápidamente con sus ropas. Pero era una mujer romántica y celosa del pudor, y no pudo menos de erguir su cabeza y encararse con el intruso para decirle:

—¿Con que derecho has entrado en el momento oportuno que me había desnudado?

—¡Es un tuno!—concluyó D. Patricio entrando y riendo á carcajadas.—Pero es amigo y caballero discreto, que no denunciará nunca vuestros encantos, señora.

Tranquilizós D.^a Pascuala al ver á D. Patricio



y rogó á los inoportunos visitantes que la dejaran sola.

Vistiósse y sin osar levantar la vista del suelo les sirvió la comida.

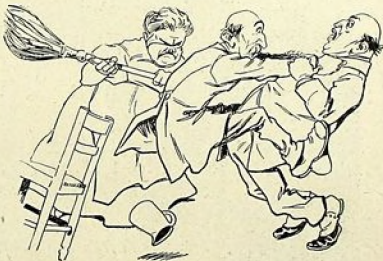
Primero un vermouth con hielo; después riquísimo gazpacho; luego una ensalada superior y finalmente un mantecado.

D. Patricio, al ver que D.^a Pascuala quitaba los manteles, mostrósse indignadísimo.

—¡Esto no es comida de santo!—dijo.—¡Me ha estafado usted, D. Bonifacio!

Oir esta descortesía y armarse la de Dios es Cristo fué todo un. Puñetazo por aquí, puñetazo por allá, entre la patrona y el pupilo dejaron á D. Patricio hecho una breva. Y algo peor hubiese pasado si al escándalo no hubiesen acudido los vecinos y dos guardias de seguridad que condujeron á los contendientes á la prevención.

Dejáronlos reclusos en la cueva donde estuvieron largo rato sin hablarse, hasta que al fin, don Patricio, se dirigió á D. Bonifacio, y estrechándole entre sus brazos le dijo:



—¡Gracias! ¡Mil gracias, amigo! Inútilmente he buscado un sitio fresco en Madrid, pero gracias á usted he venido á éste donde se está perfectamente por lo agradable de la temperatura.

—¡No hay mal que por bien no venga!

—Tiene usted razón, y hay que reconocer en la policía cierto progreso.

—Naturalmente; ya ve usted como los guardias se modernizan hasta en el vestir, que unos van de luto y otros de claro.

—¿Y por qué es eso?

—Porque el coronel del cuerpo fuma sussinis y los quiere unos blancos y otros negros.

—¡Patricio Cordelete y Bonifacio Cordellillo!—gritó un guardia á la puerta del calabozo.

—¡Presentes!—contestaron los aludidos.

—Pueden ustedes ahuecar, les dijo el guardia.

—¡Quia!—respondieron Cordellillo y Cordelete á dúo.—Preferimos seguir aquí veraneando.

Y allí siguen, hasta que la policía les cambie el domicilio ó cambien las prevenciones de la temperatura.

CHISMOSILLO



CHANZONETAS, cuadro de E. Rau

Ayuntamiento de Madrid

HASTIO

En las horas de infortunio
le pregunté á mi memoria;
¿dónde yace aquella gloria
que no la puedo olvidar?

¿Dónde viven los placeres
de bruñidas ilusiones,
de volcánicas pasiones
que me hicieron fascinar?

Y entonces me contestaron
unas sombras volanderas:
«fueron almas hechiceras
que no volverás á ver.»

Fueron fuego que encendiste
con que ahora te deslizas,
y de él quedan las cenizas
lo que tu cuerpo ha de ser.»

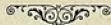
Espantado á tal respuesta
les quise instar todavía,
y siguieron: «la alegría
vela arrullada á tus pies.

Todo el que abusa inconsciente
en sus goces delirantes
se vé, que el que los gasta antes
no disfrutará después.»

Desapareciendo pronto
por los ámbitos del viento
dejáronme el pensamiento
triste cual el corazón.

Y comprendí los logismos
de mis locas mocedades
dado á voluptuosidades
causantes de mi aflicción.

FACUNDO PÉREZ



LA LLANURA DEL ATICA



EL PARTENÓN VISTO DESDE LOS PROPÍLEOS AL AMANECEER

Lo que puede ser esa obra maestra que se llama el *Partenon* queda demostrado en el hecho de haber inspirado esa otra obra maestra que se llama la *Oración en la Acrópolis*, de Renan. Nadie podrá ya pretender jamás *descubrir* el Partenon después de la página inmortal de los *Recuerdos* del grande escritor breton.

Cabe únicamente proceder á una descripción fiel de la *Acrópolis*, y eso es lo que trataremos de hacer, á grandes rasgos, fiando mucho más la comprensión á los magníficos dibujos de Fulleylove que á nuestra desmazalada prosa.

Hállase situada Atenas en una llanura rodeada de colinas, excepto por poniente, donde se extiende una planicie que termina en el ancho golfo de Egina. Al sur del actual caserío y en el centro de donde se levantaba la antigua ciudad álzase una escarpada roca aislada por todas partes. Es la *Acrópolis*, la ciudad sagrada. Dábanle entrada magníficos *Propíleos*, y se subía luego por una grandiosa escalinata hasta la meseta, rodeada por una muralla de recinto. Todos aquellos portentosos monumentos labrados en mármoles del Pentélico y del Himeto han desaparecido y el suelo está cubierto de sus ruinas. Solo dos templos de la *Acrópolis*, el *Partenon* ó Templo de Palas Atena (Minerva) y el *Erecteon*, ó templo de Erecteo, subsisten en parte, para mostrar las maravillas del genio griego en la época de su mayor esplendor, ó sea bajo Pericles, á mediados del siglo V (a. J.).

El Partenon coronaba la parte más elevada de la *Acrópolis* habiendo sido Iticnos el autor de los planos. Fidias, cuyo nombre es la personificación misma del arte, había construido las partes principales; una colosal estatua de la Diosa, toda de oro y marfil (*crisoelefantina*), obra maestra de aquél, presidía el templo.

Tenia éste 37^m 80 de longitud por 32^m 80 de anchura; dimensiones menores que las de otros templos, pero todo estaba calculado para realzar y conmover el espíritu con una impresión de grandiosidad. Transformado en iglesia en la Edad Media; convertido después en mezquita por los conquistadores turcos, hubo el Partenon, lo mismo que todos los demás monumentos de la *Acrópolis*, que sufrir en pocas horas más injurias que en todos los pasados siglos, cuando en 1687 el dux de Venecia Morosini sitió á Atenas y se apoderó de ella. Una bomba caída en el polvorín que los turcos tenían en el Partenon hizo volar éste y los edificios vecinos, acabando la destrucción los turcos, cuando la insurrección de Atenas de 1821.

Proclamada la independencia de Grecia, el ministro inglés Lord Elgin, como si aquello fuese cosa suya, se subió á la *Acrópolis* y comenzó á arrancar las mejores esculturas de Fidias que quedaban en

los frisos del Partenon, para enviarlos al *British Museum* de Londres, donde hoy se veneran. Queda solo del maravilloso edificio la osamenta del templo, de estilo dórico; pero esto es bastante para que, á menos de tener el alma de cántaro, se quede uno sobrecogido de pánico ante tanta armonía.

El Erecteón, vecino al Partenon, fué comenzado bajo Pericles, pero no quedó acabado hasta bastante tiempo después. Era el templo más importante de Atenas por la grandeza y cantidad de los recuerdos que encerraba, pero hoy quedan tan solo algunos restos. Por cierto que, hace algunos años, practicándose excavaciones en el Erecteón descubriéronse enterradas á algunos metros bajo el suelo las estatuas de madera del primitivo templo, quedando sorprendidos los artistas y arqueólogos ante la expresión sonriente que ofrecían las esculturas exhumadas, y no menos ante la complicación y exquisito gusto de los peinados de aquellas diosas.

Sabido es que actualmente se está procediendo á la conservación del Partenon, por amenazar ruina. No querrá Dios que esta se consuma, pues sin necesidad de haberlo visto, nos sirve el Partenon de ejecutoria de nobleza de raza para cuantos somos de estirpe greco-latina, —no digo antropométrica, sino espiritual!—. Los an-

glo-sajones pueden alabarse de su genio político industrial; el Arte no les debe nada. La *Acropolis* es nuestra, es de los mediterráneos; y el gótico es francés. De ahí que los alemanes se empeñen en que los Dorios (*Dier Dorien*), eran... tudescos. Pues que hagan los tudescos otro Partenon; pero no lo harán. Lo que más será falsificarlo, como falsifican el café ó los tabacos habanos.

La llanura de la Atica es hoy un verdadero desierto, en el cual no deja de ser algún tanto peligroso aventurarse sin escolta. La tierra es mediana, y más propia para que apacienten en ella cabras y carneros que no para el cultivo. Con todo, hay algunos viñedos y olivares que dan idea de lo que sería aquello en otros tiempos. Lo único verdaderamente valioso son las canteras del Pentélico, de las cuales se continúan extrayendo los admirables mármoles que sirvieron para la construcción de las maravillas arquitectónicas de Atenas.

La gran mayoría de los habitantes del Atica no demuestran hoy el *atticismo* de antaño, lo cual se comprende por ser en su mayoría de origen albanés, y no helénico. Con todo, se les ha pegado, diríase, algo de aquel ambiente, y como hablan griego es preciso ser muy lince para descubrir su genealogía.



CARYATIDES DEL ERECTEON



LA LLANURA DE ÁTICA

PÁGINAS HISTÓRICAS DEL SIGLO XIX

LA HIENA DE BRESCIA

La caída de Luis Felipe, en 1848, fué la señal de una violentísima conmoción revolucionaria en toda Europa, sin exceptuar España. En Italia, sometida en unas partes á la tiranía de soberanos absolutos y en otras al yugo del Austria la conflagración fué terrible.

Uno de los episodios más sangrientos fué el recibo de Brescia por los soldados de Francisco José. Secundando el levantamiento de Milán, habíase también alzado en armas aquella ilustre ciudad. Cuatrocientos hombres mal armados habían hecho capitular á 500 austriacos encerrados en la ciudadela,



LA TOMA DE BRESCIA POR LOS AUSTRIACOS

pero no debía el Austria perdonarles la victoria á los patriotas. Al siguiente año, y como hubiese expirado el armisticio de siete meses concluido entre el feld mariscal Radetzky y el rey Carlos Alberto, renovóse la campaña, que terminó con la sangrienta derrota de los italianos en Novara.

Una división de 4.000 hombres al mando del general Haynau recibió orden de tomar á Brescia. No había salvación posible. La defensa fué heroica, pero no bastó para que dejaran de triunfar los opresores. Entró Haynau en Brescia, y la soldadesca desenfrenada se entregó á los más horribles excesos, azuzada por aquel espadón, cerrado á todo sentimiento de nobleza y de piedad. Desde entonces el nombre de Haynau dejó de ser pronunciado por los brescianos; se le llamó la *Hiena* y con esta designación ha pasado á la historia. Su triunfo fué facilísimo y al alcance de cualquier ranchero; 4.000 hombres, con poderosa artillería, se pueden apoderar fácilmente de una ciudad solo defendida por algunos centenares de hombres debilitados por el hambre y las enfermedades. Austria se bañó en sangre en Lombardía, como lo había hecho en Hungría y en Bohemia. Era el baluarte del absolutismo, pero ya hoy no es sombra de lo que fuera entonces... Brescia es italiana; Hungría autónoma, y Dios sabe lo que será mañana. Bohemia está preparada á lo que pueda suceder cuando muera el anciano emperador... *Sic transit gloria mundi*.



¡VENGANZA!

Adolfo de Verona está consternado, anonadado; miraba en aquel momento como un bien inestimable el que la rica alfombra que pisaba se abriese y le tragase.

¿Y todo por qué? Pues sencillamente porque Margarita, una jamona deliciosa, casada con un fabricante de paños, acababa de decirle por vigésima vez que le era indiferente, que no sentía por él ningún amor, que no le consideraba, en una palabra, digno de hacerle poner la cornamenta á su señor marido.

Y al decirselo parecía quererle hacer apurar hasta lo último el bárbaro dolor que le causaba: envuelta en elegante y amplia bata que parecía querer inútilmente anular sus formas prominentes, sus pies embudidos en preciosas pantuflas, el cabello en estudiado desorden, mecándose al suave y acompasado movimiento de una mecedora, le causaba una sensación especial, placentera y dolorosa á la vez; y él, Adolfo de Verona, el galanteador más osado, el héroe de mil amorosas, estaba allí ensimismado, hecho un *doctrino*, y hubiera en esta situación seguido indefinidamente, si ella, levantándose, no le hubiese hecho un gracioso mohín, con el que claramente le indicaba que *alguien* sobraba allí, y como este alguien sólo él podía ser, decidió retirarse, como en efecto lo hizo, dominado por esta idea que en su mente bullía «¡me vengaré!»

Pero hizo el diablo que pasase por su casino predilecto, y fuese por entretener sus vengativos proyectos, ó por mejorar su averiado bolsillo, es lo cierto que con la sana intención de trasegar cuartos, se coló en el salón de juego, donde unos cuantos puntos estropeaban á tirones la oreja de Jorge. Entre ellos estaba el antipático Julio Ruiz, á quien odiaba porque, más afortunado que él, había sido idolatrado por Margarita con la que tuvo estrechas relaciones.

Comenzó Adolfo á jugar con regular suerte, pero pronto cambió esta, y los durillos y pesetas de Verona se trasladaron de domicilio, yendo á parar á otros bolsillos, en especial al de Ruiz que estaba de vena.

Así es que cuando Adolfo salía del casino parecía una furia del Averno, y cuando media hora después se zambullía en el casto lecho, sin conceder siquiera una mirada á su mujer, mil veces más bella que todas sus conquistas, pensaba todavía «¡me vengaré... de los dos!»

A la mañana siguiente se levantó alegre y satisfecho: había ideado un sencillo plan de venganza que aquella misma noche daría prácticos resultados.

Dispuesto á llevarle á cabo, buscó una carta de Margarita, é imitando perfectamente su letra escribió la laconica esquelita á Julio Ruiz: «Ven: te espero sola en mi cuarto á las ocho de esta noche.—Margarita»

Después otra á ella: «Te ruego me esperes sola en tu cuarto esta noche á las ocho.—Julio.»

Y por último un anónimo, el que la *armaría*, dirigido al fabricante consorte en que le manifestaba que «si á las ocho de la noche penetraba en el cuarto de su esposa la encontraría con un amante.»

Era el fabricante, el prototipo de la despreocupación, que sabiendo las escandalosas relaciones que su esposa sostenía continuamente, la relegó al olvido, buscando en su otra el amor que ella le negaba, y éste la había encontrado en Luisa, la encantadora esposa de Adolfo, con la que estaba en muy buena amistad.



Y mientras las dos parejas se solazaban y gozaban que era un gusto, Adolfo de Verona con el rostro sonriente, sostenía el siguiente soliloquio: «Buena se habrá armado! Un duelo se habrá verificado ya, y es seguro que Ruiz no vuelve a molestarme.

¡Estoy vengado!

BENITO SÁNCHEZ Y ALONSO

NOCTURNO

La noche duerme callada
y en su fúnebre capuz,
vierte Diana su luz
por la bóveda estrellada.
Al límpido riachuelo
de agua pura y transparente,
riela tímidamente
la luz que baja del cielo.
Y en la penumbra indecisa
de sus vagos resplandores,
duermen calladas las flores
que mece la sutil brisa.
Solo turba este reposo
el escarceo del mar
cuando la playa, amoroso
con su vaivén va á besar...
Noche serena y de calma
que espero con anhelo,
eres tú único consuelo
que filtras paz en mi alma.
Hora sublime y hermosa
que á meditar me convida
y en que mi alma reposa
de las penas de la vida.

Si mi torpe y baja lira
yo pudiera hacer vibrar
de un corazón que te admira
oírías tierno cantar.
Mas el torpe plectro mío
falto ya de inspiración
se niega, ¡oh noche de estío!
á rimar dulce canción.
Nocturnos del alma mía,
noche poética de amores...
que entonan los ruiseñores
dálces trovas de alegría.
Pláceme á mi contemplaros
vuestra dulce soledad
y no dejo de admiraros
al ver tu grandiosidad.
Y con éxtasis profundo
contemplo como fulgura
de Diana la luz pura
por los ámbitos del mundo.
Y por el aura arrullado
de la noche encantadora
me adormezco sosegado
hasta la siguiente aurora...

R. HOMEDS MUNDO

EPIGRAMAS

Su par de botas un día
llevó una chica á empuñar;
¡por eso el novio decía
que es una mujer *sin par!*

Aunque asegura María
que tiene un novio formal
oficial de infantería...
el novio no es oficial.

A un tresillista decía
cierto músico famoso:
—¿A usted le gustan los duos?
—A mí me gustan los solos.

En una fuente excelente,
regaló cierto señor,
natillas á un aguador
que se las tomó en la frente.

—Por telefono la dije;
«si no me quieres, me mato».
—Palabras que llevó el viento.
—No señor; el aparato.

J. M. SOLÍS Y MONTORO

Con e
los señ
res el c
album

Sidon
Zola.

La p

Bernard

El am

liano Se

La vo

Emilio

El An

Alexis.

Santi

Zola.

La fle

lio Zola.

El sec

de L'Isle

Sin tr

Los s

(Ilustrac

El mo

rico Sou

La in

por Car

Para

ustració

za de To

Si te
y enfe
la mag
granu

JERO

Si p

que g

y ama

¡Dios

Exc

monstr

¡á su m

devora

RESER

PEPITORIA

GOTAS

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 86.º de regalo del album **JOYAS DEL ARTE**.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coquerville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un hásar (ilustrada), por Paul de Molenes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Si te expones mucho al sol y enfermas, ten muy presente la magnesia efervescente granular de **San-Imol**.

JEROGLÍFICO, por Novejarque



CANTARES

Si pecado es la existencia que guardo en mi corazón: y amarla es la penitencia, ¡Dios mío, dame el perdón!

Execrable es la Riqueza; monstruo infame en conclusión: ¡su madre, la Pobreza, devora sin compasión!

A. BOADAS Y RIBOT

Ruiseñor de la enramada, cantas triste por tu nido sin que te consuele nada y yo lloro por mi amada que para siempre he perdido,

¡A veces, deprisa vamos y ufanos, porque soñamos hallar la felicidad y, arrepentidos, tornamos implorando caridad!

Es muy fácil observar que, cuando uno llega á amar con verdadera pasión, le es imposible expresar lo que siente el corazón.

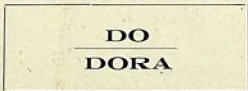
La patria se muestra exigua concediendo *dos cincuenta mensuales* al que atestigua con cicatrices, que ostente que combatió en la manigua.

Si has de ser tú la enfermera que me habría de cuidar, por verte á mi cabecera enfermo quisiera estar de una enfermedad cualquiera.

Voy perdiendo la energía pero aun me queda valor para llamar ¡vida mía! á la mujer que algún día fué causa de mi dolor.

M. PÉREZ SERRANO

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO



..

¿Tienes callos? Pues no importa; compra al punto aquí ó allí el eficaz callicida del doctor **Ladivonsim**.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Abismos, drama de los señores don R. Hermida y don G. Garrido, representado con excelente éxito en Hellín.

Modernismo, por el notable publicista D. Ernesto Bark.

COPLAS EPIGRAMÁTICAS

No dejes nunca al sereno el botijo, prenda amada, que el que le ve desde fuera le confunde con tu cara.

Eres como el caracol que después de la tormenta saca los cuernos al sol.

A un político moderno le tiene envidia la luna, porque tiene muchas caras y ella no gasta más que una.

¡Como se conoce niña que es tu cara cielo hermoso! para mayor semejanza tienes nubes en los ojos.

Díre lo que tienes bueno en los dos versos siguientes: una fortuna crecida y unos magníficos dientes.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

2 los pasatiempos del número anterior
Problema de ajedrez núm. 15.—

B	N
1.—D S T (jaque)	1.—R toma D
2.—R S A	2.—A ó C juegan
3.—P 7 C (mate)	

Artificio jeroglífico.—

Sencillamente se reduce á dar la vuelta al periódico y entonces al estar colocados así:

MES
FA
ORO

Se podrá leer:

SEMÁFORO

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. F. S.—Madrid.—Gracias por su envío.
M. M. C.—Cuando se publique su artículo quedará usted complacido.

A. M.—Arévalo.—Perfectamente.
P. B. G.—Valencia.—Queda aceptado el cuento, pero no será fácil pueda publicarse pronto.

L. J.—Barcelona.—Las poesías son muy bonitas; irán lo más pronto posible.

R. H.—El cuento está bien, pero abundan grandemente las incorrecciones.

Rudno.—Gijón.—Recibido el cuento, pero ¡tenemos tanto original!

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA». PLAZA DE TETUAN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

AUSTRIA HUNGRIA



INFANTERÍA AUSTRIACA: SOLDADO DE LÍNEA